



LA PEREZA

I:

SOBRE LA PEREZA.

Si ves á uno de tus compañeros dejar á un amigo fiel, seguro, bueno, experimentado y cuidadoso de sí mismo, por otro malo é indiferente á todo y hasta á sí propio, me parece que dirás:—Hé aquí un jóven bien ingrato y bien tonto, y tratarás de hacerle comprender el daño que una compañía tan perjudicial puede hacerle.

Pues bien; abandonando el trabajo, que es tu mejor amigo, por la pereza, que es tu mayor enemigo, eres un ingrato y un tonto.

¿De qué te puede servir la pereza? te pregunto yo. ¿Qué bien te puede resultar de ella?

Si descubres en ella una condicion, una sola, por la cual pueda ser útil para algo, si encuentras una cualidad por la cual pueda ser agradable, ó una cualquiera que no produzca el fastidio, me comprometo á regalarte una caja de mazapan de las mas grandes que se confeccionen en Toledo este año.

No hay ningun perezoso que no tenga que convenir en que su pereza no le ha ayudado jamás, no ya á pasar el tiempo, sino á pasarlo sin aburrirse.

Si existieran dos relojes, el uno de los cuales marcase las horas de ocio y el otro las dedicadas al trabajo, verias bien pronto que en este último no se conocian casi los minutos, mientras que el de la pereza los duplicaba ó triplicaba.

Debo decirte además, querido niño, que mientras no hay trabajo que no nos proporcione algun provecho, las horas tan largas de la ociosidad no han producido nunca nada al ocioso.

Yo creo que se podria corregir á todos los perezosos de una manera muy sencilla. En lugar de vituperar su vicio, seria mejor reducirles á la mayor inaccion.—¿Quieres ser perezoso? Pues sea enhorabuena. ¿No quieres trabajar? Pues no trabajes, hijo. ¿Tienes dos ojos? Pues tenlos cerrados. ¿Tienes dos oidos? Pues no oigas. ¿Tienes lengua? Pues no hables. ¿Brazos y piernas? Pues no hagas ningun movimiento. ¿Tienes nariz? Pues toma un constipado perpétuo y

no aspire ningún olor... Así no trabajarás, puesto que el uso de los cinco sentidos es un trabajo. En cuanto á tu alma y á tu corazón, redúcelos á la más completa indiferencia, petrifícalos por decirlo así. En el inerte cuerpo de un perezoso, no puede haber más que un alma inerte y un corazón sin movimiento como él. La pereza bien entendida debe ser la inacción en todo y por todo.

Ejecutar cualquier acto de la vida material, mover siquiera un dedo ó hacer cualquiera otra cosa; permitirse una reflexión, un sentimiento ó un acto de la vida moral, sería renegar de la diosa llamada la *Pereza*.

Tanto peor para tí, si arrastrado por la afición á no hacer nada, llegas á descubrir la fatiga que encierra la ociosidad, y que este vicio no tiene nada de comun con el santo y dulce reposo que proporciona el trabajo.

Tú defenderás la pereza como una cosa muy hermosa: «Antes del pecado, dirás tú, el hombre ignoraba la ley del trabajo. Renunciar, pues, al trabajo, es escapar á la más terrible de las sentencias divinas, es remontarse hasta el paraíso.»

Locura insigne será la tuya de parodiar las santas palabras de Dios á nuestro primer padre: «Tú ganarás tu vida con el sudor de tu frente,» y desconocer que solo la clemencia divina ha podido dictarlas.

Condenar al hombre á la ociosidad, hubiera sido condenar á la humanidad á la nada.

Dios ha querido de este modo reconciliar al hombre por medio del trabajo con la vida que le dejaba. Al decirle: «Tú ganarás tu sustento,» le decía: «Tú sabrás lo que vale ser útil á uno

mismo y á los demás.» De este modo le hacia posible conocer el valor de una existencia empleada en el bien y en el trabajo.

¿Qué pensarías tú del pájaro que teniendo dos alas no volara, de un pez que no nadase, de un ciervo que prefiriera la inmovilidad á los placeres de la carrera, ó de una bellota que quisiera mejor podrirse entre el lodo, á llegar á ser una encina? De seguro que dirías:— «Hé aquí seres y cosas que faltan á todas las leyes que tienen señaladas.» Pues amigo mio, el perezoso es ese pájaro, ese pez, ese ciervo y esa bellota.

¿Qué pensarías tú de un molinero que abandonara á merced del viento las aspas de su molino, sin darle nunca nada que moler? De seguro que exclamarías:— «Hé aquí un molinero imbécil; mejor haría en deshacer su molino que condenarse á escuchar siempre su inútil *tic tac*.» El perezoso, amigo mio, no dando á su alma ningún alimento, es ese molinero imbécil. Su corazón es ese molino que se mueve sin provecho; sus latidos son, gracias á la pereza, lo que los estériles movimientos de una máquina sin dirección.

¿Qué dirías, en fin, de un hombre que en alta mar dejara los remos y abandonara la embarcación á merced de las olas? Que no quería avanzar en su camino ó deseaba sumergirse..... Pues bien, el que deja de trabajar cesa de remar, se abandona á la casualidad, se sumerge.

II.

EL MENDIGO, EL CARRETERO Y EL JUEZ.

Dos hombres, un mendigo y un carretero, se presentaron un día delante de un juez.

El mendigo estaba desesperado.

—Señor juez, exclamó, cuando estuve delante de la autoridad; ¡vengo á pedir justicia! Yo me habia acostado en el camino, sin hacer daño ni estorbar á nadie; no queria mas que dormir para matar el tiempo, cuando este hombre que veis aquí, pasó por allí, por mi desgracia, y arrojándose sobre mí me sacudió latigazos como si fuera una bestia, empeñado en que me levantara y echara á andar. Yo lo que queria era dormir, así es que le dije que me dejase en paz y siguiera su camino.

—¡Ah! ¿con que no quieres levantarte? me respondió. ¿No quieres andar? pues ahora lo veremos.

Y levantando el látigo que llevaba en la mano, empezó á pegarme como si hubiera sido un mulo de su carro.

—Está bien, le dije, voy á levantarme, pero tú tendrás el castigo de lo que acabas de hacer, como yo tengo la señal de tus golpes. Vamos á ver al juez.

—¿Es eso verdad? preguntó el juez al carretero, que conservaba todavía el látigo en la mano.

—No lo niego, dijo este.

La cosa estaba muy clara, y el juez iba á pronunciar ya su sentencia, cuando le ocurrió dirigir otra pregunta al carretero:

—¿Qué razon habeis tenido para maltratar á este hombre?

—Ninguna, contestó el carretero.

—¿Cómo ninguna? añadió el juez, al cual agradaba la fisonomía tranquila y honrada del acusado, á pesar de la evidencia de los hechos.

—Ninguna mas que su propio interés, respondió el acusado. Encontré á este infeliz tendido sobre los rails del ferro-carril. Al verle pensé, que si le

dejaba allí, la locomotora le iba á hacer pedazos. Entonces procuré convencerle de que debia colocarse un poco mas lejos, y no quiso.—Aquí estoy bien, me respondió.—Quise levantarle, y se resistió. Entonces le pegué tres ó cuatro latigazos, porque pensaba que despues que estuviera bien despierto me lo agradecería. Además, mi látigo no le habrá hecho en todo caso mas daño que le hubiera causado el tren al pasar por encima de su cuerpo.

Entonces el juez, volviéndose hácia el mendigo:

—Sois un ingrato, le dijo. Este hombre os ha salvado la vida, y en lugar de acusarle debíais bendecirle. Si no hubiera sido por él, ya conoceríais á estas horas que es mas fácil matarse que *matar el tiempo*.

El hombre á quien se dirigian estas sábias palabras no estaba en estado de escucharlas. Era un vagabundo de la peor especie, de esos que tienen horror al trabajo, y no se avergüenzan de vivir mendigando sobre la fecunda tierra.

Mientras que el juez hablaba, se habia quedado dormido.

Fué menester llevarle á una prision.

Todos los perezosos son como aquel miserable que queria dormir sobre los rails de un ferro-carril.

Aquel que se detiene en el camino de la vida, es destrozado por la gran locomotora humana. ¡Dichosos aquellos á quienes Dios envia un carretero que le dé algunos latigazos para arrancarlos de su letargo, es decir, de la muerte!

No hay otro remedio; en el mundo es menester marchar ó morir. El movimiento es la condicion, la prueba, la razon de la vida. Aquel que no se mue-

ve en conformidad con las leyes de su sér, es un bruto, menos que un bruto. Es la mentida imágen del sér humano, pero no el sér humano.

III.

LA HILANDERA DE PIEDRA.

Una niña, que tendria lo mas tres ó cuatro años, fué un dia con su papá á una Exposicion universal. Cuando se encontró en la galería reservada á las esculturas, quedó sorprendida: ella no habia visto nunca tan cerca las estátuas y no pudo al principio evitar un estremecimiento á la vista de aquellas estátuas, cuya inmovilidad le sorprendia en alto grado.

—¿Por qué están así? le preguntó á su padre: ¿es que son muertos?

Pero con la volubilidad de la infancia, que nada le llama la atencion mucho tiempo, sus ojos, familiarizados ya con aquel espectáculo, se fijaron bien pronto con cierta emocion en una estátua que representaba una jóven dormida delante de un torno. Un niño desnudo, delgado y de rostro triste, se hallaba á sus piés.

—Papá, dijo al fin la niña, despues de esperar impaciente algunos segundos, despiértala para que dé vueltas al torno. Puesto que es hilandera es menester que hile; si no dá vueltas al torno creo que no hará nada, y su hijo no tendrá ropa cuando haga frio.

La pereza es aquella hilandera de piedra, cuya rueca está siempre llena y su mano siempre vacía, y cuyo hijo no tendrá ropa cuando tenga frio.

IV.

HISTORIA DE DOS ARADOS.

Dos labradores que habian querido ver la Exposicion, habian oido las pa-

labras de la niña, y uno de ellos se volvió hácia ella:

—Es por no gastar su hilo por lo que no hila, dijo mirando maliciosamente á su compañero; está segura de que de ese modo no le faltará jamás y que así no se le desgastará el torno.

Y una franca risa de satisfaccion entreabrió los lábios del buen hombre.

—Dispensadme, añadió aquel que acababa de hablar dirigiéndose al padre de la niña; he dicho eso recordando una historia que no conoceis, pero que Juan podrá contaros.

—¿Por qué no? dijo Juan, si este caballero quiere oirla. Quizás no me hará mucho honor; pero puede ser que me aproveche.

El caballero y la niña dieron á entender que estaban dispuestos á escuchar, y Juan empezó de esta manera:

—El año pasado vine á Madrid con el malicioso Pedro que veis aquí, el cual es mi hermano para serviros, á comprar cada uno un arado. Al cabo de pocos dias, volvimos á nuestro país con nuestros arados, los cuales eran magníficos, de un nuevo sistema, y parecia que habian de trabajar solos, por decirlo así.

Pedro y yo tenemos cada uno unos pedazos de tierra que no tienen mas que un inconveniente, y es que están algo lejos de nuestra casa.

—Vamos á ensayar nuestros arados, me dijo Pedro cuando llegamos.

—¡Bah! Espera un poco, le contésté yo; antes es menester contar lo que hemos visto en Madrid á los amigos; la semana que viene los ensayaremos.

Pedro es algo testarudo, y se fué á probar su arado. Yo fuí á ver á los amigos, y no sé cómo fué, que la se-

mana se pasó, y otra despues, y otra mas en seguida, y mi arado estaba allí siempre dispuesto á emprender el trabajo, pero sin empezar nunca. Sin embargo, el de Pedro habia venido del campo y estaba tan reluciente, que Pedro decia que deseaba volver á empezar, pues no habia visto nunca un arado tan bueno.

Un dia, por fin, se habia pasado mi pereza, y quise ir á mi vez al campo; pero casualmente aquel dia empezó á llover, y así estuve ocho mas, esperando que hiciera buen tiempo; despues cogí un aire y caí enfermo. El tiempo de labrar y de sembrar pasó, y cuando me levanté era demasiado tarde. Estaba solo en la casa y no muy contento por cierto. Afortunadamente, Pedro es un buen muchacho, y sin decirme nada habia labrado su campo y el mio. La cosecha ha sido tan buena para el perezoso como para el trabajador; pero este año le dije á Pedro:—Todo eso está muy bien; pero ahora me toca á mí, y este año labraré yo tu campo: quiero tomar la revancha; mi arado está nuevo, el tuyo está mas usado; déjame hacer ahora lo que tú hiciste antes.

—Como tú quieras, me contestó Pedro.

Pero ahora llega lo lastimoso de la historia: cuando fuí á buscar mi arado, que tanta falta me hacia, y el cual debia estar perfectamente, pues que no se habia estrenado siquiera, me encontré con que no valia para nada, pues la humedad le habia puesto inservible. Hé aquí, caballero, los hombres y las cosas: si no se usan no sirven para nada. El aprender esto me ha costado perder mi tiempo y mi arado. Hoy vengo á Madrid á comprar otro arado, que

de seguro no se enmohecerá. ¿No es verdad, Pedro?

—Estoy seguro de ello, contestó éste poniéndole la mano en el hombro; y tú verás que una buena leccion vale una buena cosecha.

—¿Qué es lo que piensas tú de esta historia? le preguntó el padre á su hija.

—Pienso, dijo ésta, que Juan ha sido un poco tonto y Pedro ha sido bueno; pero que Juan se arrepiente y vá á ser muy buen labrador.

—Vuestra hija ha comprendido perfectamente, dijo Juan, y tiene razon en lo que ha dicho.

La historia se habia terminado y se despidieron nuestros dos labradores.

Ahora necesito que el perezoso comprenda la moral que encierra lo que acaba de leer, y aprenda que el alma humana es, segun se sirva uno de ella, el arado que se conserva parâ el uso á que está destinado, ó el arado que se gasta no haciendo nada.

Sabe, pues, niño mio, que el universo entero tiene derecho para decir muy alto al perezoso que es un cobarde, porque el universo entero trabaja: los animales, los vegetales, el cielo, la tierra, el agua y el fuego, los astros en el firmamento y el Océano en sus abismos; todo, en fin, conoce y acata la ley del trabajo, la ley santa de Dios.

Si este ejemplo del universo entero trabajando, y encontrando el orden y la vida en el trabajo, te impulsa hácia la verdad, haz como el universo entero: trabaja.

P. F. STAHL.

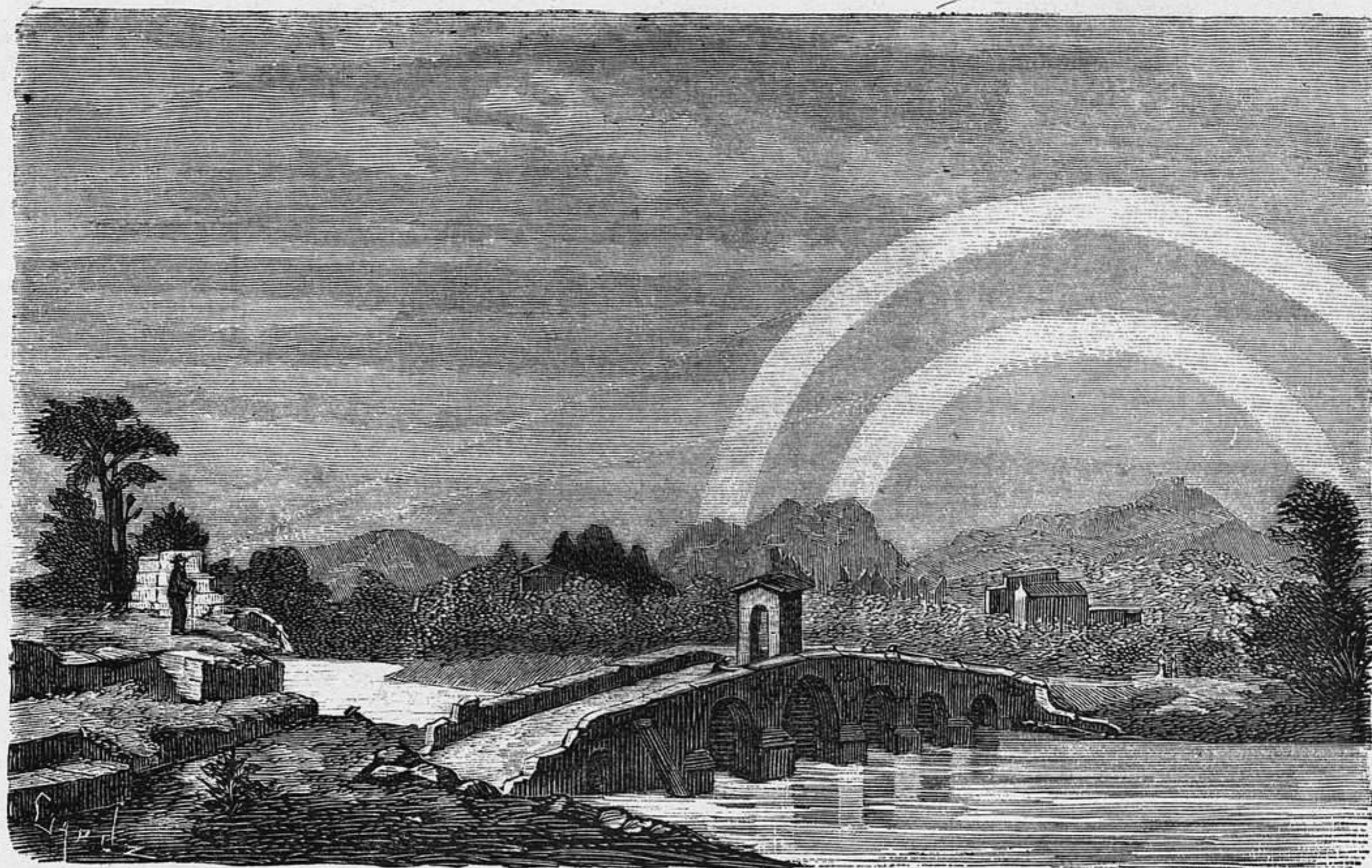


CALDERON DE LA BARCA.

D. Pedro Calderon de la Barca nació en Madrid á 17 de enero de 1600, hijo de padres nobles, y le dedicó su madre á la Iglesia. Aficionado, no obstante, desde niño á la poesía dramática, ya escribió á la edad de trece años una comedia, titulada *El Carro del Cielo*, cuyo asunto era la historia del profeta Elías, puesta en verso como todas las obras escénicas del siglo XVII. Estudió Calderon en el colegio imperial de Madrid, y luego en la universidad de Salamanca; sirvió de caballerizo en casas ilustres, y á los veinticinco años ingresó en el ejército; á los cincuenta y uno recibió las sagradas órdenes, y á 25 de mayo de 1681 falleció en Madrid en la casa núm. 95 actual de la calle Mayor.

Con el nombre de *comedias*, que significaba entónces obra dramática de cualquier género, compuso más de ciento veinte, y ocho en compañía de otros autores; compuso también muchos autos sacramentales, varios entremeses é innumerables obras líricas.

Por sus comedias y sus autos, obras en las cuales ninguno logró aventajarle, se le ha conferido el título, reconocido en todo el orbe literario, de *Príncipe del teatro español*. Rico en la invención, habilísimo en el artificio dramático, valiente, profundo, sublime con frecuencia en la frase, español y caballero siempre, Calderon en *La vida es sueño*, *El Alcalde de Zalamea*, *A secreto agravio secreta venganza*, *Casa con dos puertas mala es de guardar* y *La Dama duende*, y en la mayor parte de sus autos sacramentales, no tuvo igual en España y apenas puede señalársele competidor fuera de ella. Sus virtudes le hicieron altamente respetable en el sacerdocio; y acaso no hay otro escritor en nuestro país que haya conservado como él la veneración de sus contemporáneos, durante los veinte años últimos de su vida, tan universal y constantemente continuada: sin duda nació de haberla merecido como ninguno.



EL IRIS.

(HIMNO.)

Sobre el fatal nublado
 Que entolda el firmamento,
 Y frente al sol que nítida
 Muestra la pura faz,
 Te miro dibujado,
 Oh singular portento,
 Cual inefable símbolo
 Del triunfo de la paz.

Heraldo sin segundo,
 Tú fuiste el escogido
 Por el Supremo Artífice
 Rey de la creación,
 Para anunciar al mundo,
 Postrado y sumergido,
 De Dios y el hombre mísero
 La salvadora unión.

Bella, cual luz de Mayo
 Tu aparición se ostenta
 Al conturbado espíritu
 Del infeliz mortal,
 Cuando se apaga el rayo,
 Cuando huye la tormenta,
 Cuando restaura espléndido
 El éter su cristal.

Siempre que en luz suave
 La esfera tornasolas,
 Consuelas al que náufrago
 Morir imaginó
 Cuando sobre su nave,
 Juguete de las olas,
 Con iracundos ímpetus
 La tempestad rugió.

¡Bien vengas ostentando
 Tus fúlgidos matices,
 Oh precursor benéfico
 De célica piedad!
 ¡Así consueles blando
 Las almas infelices
 Que en noche gimen víctimas
 De ruda tempestad!

Oh! brilla eternamente
 Sobre el oscuro suelo,
 Y sé para los débiles
 Por el que honró la Cruz,
 Arco de etéreo puente,
 Lanzado por el cielo,
 Que liga el mundo lóbrego
 Y el mundo de la luz.

ANTONIO ARNAO.



UN RECREO ÚTIL.

Niños, parad un poco vuestro alegre juego y escuchadme unos instantes. Sólo breves palabras he de hablaros.

Aunque yo, á quien no conoceis, estoy todavía en la época de la juventud, tengo ya ciertas señales de vejez prematura que dan peso á mis observaciones. Fundado en esta circunstancia os diré que cuando uno pasa de la niñez á la adolescencia para entrar en la vida por las puertas de la razon, necesita dar pábulo á la fantasia que suele verlo todo de color de rosa, y alimento al corazon que se empeña en poner su afecto en todo género de cosas, sin reparar si lo merecen. Con el fin de que deis buen empleo á tales instintos y sentimientos os llamo aquí la atencion, en el supuesto forzoso de que en esa dorada é inexperta edad hay que apasionarse de algo, bien de lo que es útil y discreto, bien de lo frívolo y vano.

Para evitaros lo segundo y procura-

ros lo primero, podria recomendaros varios recreos útiles, pero ninguno como el estudio de la Música. Esta bella arte embelesa el oido, afina la sensibilidad, eleva la imaginacion, suaviza los afectos en el que la cultiva, y constituye el deleite de los que la escuchan. La Música es un lenguaje que empieza donde acaba la palabra, y tiene por lo tanto la vaga cualidad de dejarse acomodar á la disposicion de ánimo de cada oyente. Además, eso de ser un idioma igualmente comprensible en todos los pueblos civilizados, es para el que la profesa como artista una llave de oro que le abre todas las casas y sociedades.

Animo, pues, y á estudiarla los que podais, para gozarse despues en ejecutar las inspiraciones de los grandes maestros, como esos niños que os representa el grabado.

Tú, hermosa Cecilia, que ya te acercas á la adolescencia; tú, inocente Fer-

nanda, á quien pronto cansarán las muñecas; tú, grave Antoñito, que aspiras á ser un hombre de ciencia, y tú, gallarda María, que ya pisas los umbrales de la juventud, oidme todos. Con vosotros hablo, si es que os llamais como os nombro, y con todos los que están en vuestro caso. Trabajad con ahinco en el estudio del arte que santificó Santa Cecilia, y ya me dareis las gracias por el consejo cuando algun dia os sirva de recreo, ó de utilidad, en medio de los inevitables disgustos de la vida.

LO QUE PUEDE UNA MUJER.

(CONTINUACION.)

V.

UN HOMBRE PERDIDO.

Ha pasado un año, un año terrible para los pobres padres de Rosita y para esta.

El marido de la que, por desgracia suya, fué hija desobediente, supo que la quiebra escandalosa del banquero amigo de su suegro sumia á este en la miseria y arrebatava naturalmente á su mujer una cuantiosa herencia. Para un hombre que no tenia otro afan que el del dinero para derrocharlo en la satisfaccion de su vanidad y su soberbia, aquel era un golpe terrible.

Si ya miraba con hastío el lazo contraido con aquella pobre mujer, lazo que él habia hecho tan duro y cruel para la infeliz, cuando supo que esta no heredaría de sus padres la suma con que contaba hasta entonces, agrióse mas y mas su carácter, é hizo sufrir mayores penas á su resignada víctima.

Él necesitaba dinero, dinero siempre, y la pobre esposa no tenia fuerzas bastantes para resistir á sus exigencias.

El vicio, lectores míos, es un monstruo que todo lo consume. En las manos del vicioso se deshace como por encanto la mejor fortuna; tiene el vicioso la cualidad de ser imprevisor, y no piensa en mañana, no piensa en que mañana no va á tener con qué satisfacer la sed de dinero que le devora, y de aquí esa rápida ruina del vicioso, esos tristes ejemplos de hombres que han heredado un gran capital y que á la vuelta de pocos años no tienen nada, no tienen absolutamente nada mas que el vicio, que este no abandona fácilmente á los que le rinden culto.

¡Oh! queridos lectores míos, no desoigais jamás los buenos consejos de vuestros padres, no abandoneis jamás el estudio de los libros buenos y cristianos de educacion, grabad en vuestros corazones las máximas de los buenos, y así evitareis adquirir los hábitos de vanidad, de soberbia, de lujo,

de prodigalidad que os podrian conducir derechamente al vicio y á la ruina.

En los hospitales, postrados por la enfermedad y la miseria, en las calles mendigando, en las cárceles y en los presidios sentenciados por los tribunales de justicia, se encuentran á veces hombres que nacieron en el seno de honradas familias, que tenian fortuna para vivir holgada y decentemente, y que todo, lo han perdido, salud, fortuna, honra, todo, por haber sucumbido á los pérfidos y traidores halagos del vicio.

Esto es horrible, lectores míos, y yo quiero que horror ós cause pensar en esos desgraciados, y os sirva de ejemplo su triste fin, para que así se arraigue mas y mas en vuestros corazones el amor á la virtud y al bien.

El esposo de Rosita no estaba todavía en esa situacion, pero se hallaba en la mitad del camino.

D. Antonio y su mujer habian, como buenos cristianos, aceptado con resignacion su desgraciada suerte; despidieron á sus criados, excepto á doña Martina, que de ninguna manera quiso separarse de ellos, y les rogó con lágrimas de gratitud que la permitiesen servirles, no en calidad de ama de gobierno, sino de criada, sin recibir salario alguno, y aun quiso entregar á don Antonio los ahorros que tenia.

Lucía, la buena madre, reunió sus joyas, las vendió, y la cantidad que le produjo la venta la distribuyó con tal método y estricta economía que calculó que durante cuatro años, á lo menos, podrian vivir estrechamente, pero sin deber nada á nadie.

—Después Dios dirá, decia la buena mujer jovialmente para animar á su marido, que todavía algunas veces se

dolia de sus desgracias, no por él, no, sino por su mujer y por su hija.

Esta hizo vanos esfuerzos para que sus padres aceptaran parte de lo que habia constituido su dote,—no le quedaba ya mucho á la infeliz,—pero no pudo vencer la resistencia de aquellos.

Y entre tanto Manolito, encenagado en el vicio, jugaba y destrozaba lo que constituia el porvenir de su hija.

Rosita no lo sabia todo; habia dado un poder á su marido, y éste no le daba cuentas de lo que hacia.

Su marido tenia ya deudas.

¡Qué horrible cosa es tener deudas, lectores míos!

Vale mas carecer de lo mas preciso, vivir estrechamente, ir mal vestido y no tener deudas.

Para el hombre pundonoroso no hay martirio mas cruel que ese; no puede el hombre de honor vivir tranquilo, contento, mientras hay quien tiene derecho á decirle: «Págume V. lo que me debe.»

Hombres hay tan olvidados de su dignidad, que no tienen reparo en contraer deudas, que no las pagan después, que se burlan acaso de los mismos á quienes engañaron; pero esos son unos miserables que no pueden llamarse deudores, sino estafadores.

Si vosotros, tiernos lectores míos, os educáis en las buenas máximas de moral, modestia, resignacion y humildad, no os vereis jamás tachados de estafadores, no llegareis acaso ni siquiera á ser deudores de nadie,—aunque en circunstancias puede verse el hombre mas honrado que le obliguen á deber;—bueno es, sin embargo, precaverse por medio del orden, de la economía, del ahorro, de semejante desgracia.

Perdonad, lectores queridos, mis reflexiones, y no las juzgueis fuera de propósito. Encaminadas van á hacer os pensar en la conveniencia de prepararos desde la infancia á rechazar al vicio, á cerrarle todos los caminos por donde pudiera llegar á vuestros puros corazones, destruyendo vuestro porvenir, que á todos os lo deseo tranquilo y feliz, digno de hombres trabajadores, honrados y virtuosos.

El marido de Rosita perdía sumas enormes en el juego, y tenía que pagarlas, tenía que sostener la reputación de hombre rico, *de hombre de mundo*. La fortuna de su mujer cada día recibía un nuevo golpe; cada día aquel padre, olvidado de sus sagrados deberes, robaba á su hija una parte de su futuro bienestar. Tanto ciega el vicio, tan fatal influencia ejerce en los que tiene sometidos á su dominio infame.

¿Para qué os he de referir, lectores míos, punto por punto, el rápido descenso de aquel hombre al abismo del vicio?...

Agobiado de deudas, hipotecadas las propiedades de su mujer, sin tener ya medios de sacar más dinero, encontrando cada vez menos propicios á los usureros que habían contribuido á arruinarle, debiendo á algunos amigos sumas considerables, llegó un día en que el esposo de Rosita miró en derredor y no vió más que una pobre mujer y una hija infeliz, á quienes había desposeído de cuanto tenían, y que le miraban tristes y resignadas, esperando una palabra de amor y de arrepentimiento.

—Estamos arruinados, dijo á su mujer.

—Cúmplase la voluntad de Dios, contestó ésta.

(*Se continuará.*)

LAS VIOLETAS.

Vosotros, niños amables, que en las mañanas de primavera, dando un adiós al sueño, del que parece estábais enamorados, habéis ido al campo á gozar de su hermosura en esa estación encantadora, ¿no os habéis fijado en las violetas?

Las violetas son unas flores pequeñas y lindas, que generalmente nacen, se desarrollan y viven escondidas, pero cuyo perfume delata su existencia á sus constantes admiradores.

El céfiro y las auras buscan á estas flores para sacar de sus cálices regalados aromas, y las mariposas, sedientas de suave néctar, se posan sobre ellas para libarlo con entusiasmo.

Las violetas ofrecen delicado perfume para el tocador de las aristocráticas jóvenes, y han sido la base de la fortuna de un escritor extranjero muy amante de las flores.

Pero poco de esto os interesa á vosotros, mis queridos niños, ni mi objeto

al buscar el título que lleva este artículo ha sido otro que hablaros de lo que simbolizan las *violetas*.

Ya de muy antiguo son el símbolo de la *modestia*, virtud que deben tenerla en mucho los niños.

Un niño modesto, es un tesoro inapreciable.

La modestia, á la par que da tranquilidad al espíritu, porque mata la ambicion que es causa de muchos males, presta tambien al cuerpo un encanto indefinible.

El niño orgulloso pierde la candidez de su mirada, el sonrosado de su mejilla, la pureza de su forma y la esbeltez de su talle.

El que es modesto, con su mirada dulce y apacible, con su angelical sonrisa y su porte sosegado, atrae la atencion de todos, es citado como modelo y se gana el afecto y la estimacion de cuantos le conocen.

Los jardines están llenos de flores, con las que no pueden las violetas entablar competencia. Pero unas, inodoras como la camelia, y otras llenas de espinas, como la rosa, son olvidadas las mas veces por una *violeta*, flor pequeña y escondida, pero cuyo delicioso perfume es el encanto de cuantos la conocen.

Vosotros, queridos niños, que en las mañanas de primavera salís al campo, cuando á la sombra de un frondoso álamo halleis una violeta, acordaos siempre de lo que simboliza, y ofreced y decidíos á ser modestos.

Y no os encante por su esbeltez y gallardía, ni la falsa acacia de flores amarillas, provocadora y elegante, ni el severo amaranto, que pretende, como el ciprés, elevarse al cielo: flores sin perfume duran no mas que lo que tarda la mano del jardinero en tronchar su tallo para que sirvan de remate á algun ramo, donde hay otras mas olorosas y bellas, mientras que la *violeta* es siempre apreciada y á ella sola se la busca, y con ella sola se forman bellos, aunque pequeños ramos y encantadoras guirnaldas.

¡Si supiéseis cuánto vale la modestia!

Dominando por ella á vuestros compañeros, que difícilmente se dejan subyugar por los altivos y orgullosos, vuestros padres, vuestras familias, vuestros maestros y amigos no cesarán de elogiaros, y os querrán mas cada dia, porque un niño modesto es un tesoro inapreciable.

F. ROVIRA AGUILAR.

LOS SOMBRERITOS.

Elvira y Clotilde, teniendo ya la una doce años y trece la otra, recibian de su madre una corta cantidad mensual para vestirse, y siempre estaban discutiendo el medio de hacerla durar largo tiempo. Al acercarse el invierno les dijo un dia su madre:

—Mis queridas niñas, ya es tiempo de pensar en los sombreros de invierno.

—Mamá, respondió Clotilde, los que tenemos pueden muy bien servir este invierno, pues no están rotos. Mejor

queriamos comprar con ese dinero una buena manta á la pobre ciegucecita que se está muriendo defrio en la guardilla.

—Hijas mias, podeis hacer lo que mejor os parezca.

La manta se compró, y cada vez que las dos hermanas se ponian sus sombreros usados, se miraban y se sonreian; y era que pensaban en la alegría que habria experimentado la pobre ciega cuando estendiera la manta sobre su cama.



LOPE DE VEGA.

Es seguro que muchas veces habrá llegado ya á vuestros oídos ese respetabilísimo nombre, gloria de la escena española y de la poesía cristiana. *El Fénix de los ingenios* fué un hombre favorecido por la Divina Providencia con todos los dones mas preciados: talento, virtud, caridad, alma piadosa, gran corazón, hacían de Lope un sér verdaderamente privilegiado en este mundo de amarguras y miserias; tampoco le faltaron los bienes terrenales; tuvo poder, fortuna, privanza, y la admiración de sus contemporáneos. No así el pobre Miguel de Cervantes Saavedra, el inmortal autor de *D. Quijote de la Mancha*, que murió en la miseria y el abandono, bien cerca de donde vivía aquel otro peregrino ingenio.

Lope de Vega escribió mas de mil y

quinientas comedias; y novelas en prosa, poemas y composiciones de todos géneros, en tal abundancia, que parece imposible haya podido bastar la vida de un hombre para tan portentoso trabajo del ingenio.

Sus obras todas son de un mérito sobresaliente, aunque de otro género que las del gran Calderon de la Barca. Este es mas enérgico, mas dramático; Lope es mas festivo, mas cómico, mas hombre de mundo.

Las obras de uno y otro vivirán tanto como viva el idioma castellano.

Lope de Vega falleció en Agosto de 1635, y del rey abajo todos lloraron su muerte y honraron su memoria.

Su entierro fué suntuosísimo.

Dos siglos y mas de un tercio de otro han pasado desde que abandonó este

mundo el gran poeta; y sus obras se aplauden con entusiasmo en el teatro y se leen con avidez por todas las personas cultas. Como Cervantes, como Calderon, como Quevedo, como Tirso de Molina, Moreto y Alarcon, la gloria de Lope de Vega brillará mas cada siglo que pase.

Este es el privilegio envidiable del génio y de la virtud.

AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORANEOS.

El hogar domestico es la fuente de todas las virtudes sociales y en el se guarda, como en un santuario, el germen de todos los hechos grandes y heroicos.

Los que no conocen el amor de la familia nunca sabran sentir el amor de la Patria.

La honra de todos no se ha de confiar al que no sabe cuidar de la suya propia.

El que abandona a la madre de sus hijos no sabrá morir en defensa de la madre comun de sus conciudadanos.

Para conocer como un hombre publico gobernará el Estado, es preciso preguntarle como gobierna su propia casa.

No fies en el desinterés del Legislador, ni en la imparcialidad del Ministro, ni en la rectitud del Juez, ni en la lealtad del Soldado, si en sus hogares no reinan la paz y el santo temor de Dios.

Cada hogar privado ha de ser un reflejo del hogar comun; que los Estados no valen mas ni menos que lo valga la suma de las familias que lo forman.

Antoflores

Por desgracia de la patria literatura, ya no existe el popularísimo escritor que firma la precedente página autógrafa. Cuando solicitamos de su amistad que la escribiera para nuestra colección, estábamos muy lejos de pensar que tan pronto habíamos de perder al amigo querido que nos dispensaba el favor de acceder con su proverbial benevolencia á nuestra petición.

Don Antonio Flores murió cuando aun podia esperar mucho de él nuestra literatura.

Cuando tengais mas edad, leereis sin duda, tiernos lectores nuestros, las obras de D. Antonio Flores, y hallareis en ellas encantadora amenidad á la vez que profundos y nobles y cristianos pensamientos. Como escritor de costumbres, ocupaba D. Antonio Flores el primer puesto. Su novela *Fé, Esperanza y Caridad*, sus famosos cuadros de *Ayer, hoy y mañana*, sus *Doce es-*

pañoles de brocha gorda, y su gran número de artículos festivos y regocijadas poesías, vivirán eternamente en nuestra patria, y servirán de modelo y enseñanza á la juventud literaria.

En las obras de Antonio Flores están fidelísimamente retratadas las costumbres del último tercio del pasado siglo y de la mitad del presente, y las obras en que se pintan las costumbres de una época ó varias con la verdad, la exactitud, el donaire y la filosofía que brillan en las de Antonio Flores, no pasan nunca, siempre son leídas y siempre en ellas se aprende mucho.

Por eso vivirán siempre los *Caracteres de La Bruyere*, las obras de Fray Gerundio (D. Modesto Lafuente, que en paz descansa), las de Mesonero Romanos y las de Antonio Flores. Rogad á Dios por el alma del malogrado escritor.



LA SALIDA DE LA ESCUELA.



Todos los días les recomienda el maestro que salgan con el mayor orden y compostura; pero ellos no hacen gran aprecio de tan buen consejo y tan oportuna observación, y salen atropellándose unos á otros, gritando, saltando y demostrando tanta alegría porque salen de la escuela, que en verdad no habla muy en favor de su aplicación y amor al estudio.

Pero en fin, algo se ha de disculpar á la edad.

AMAOS LOS UNOS Á LOS OTROS

Dos hermanos se disputaban un libro de estampas, porque cada uno queria verlas solo.

Despues de muchos esfuerzos y de dirigirse varias frases de enojo en la disputa, agarró cada uno el libro por un lado, y no habria tardado en romperse, si la madre, atraida por el ruido, no hubiera llegado.

—¿Por qué son esos gritos, hijos míos?

—¡Mamá! ¡Mamá! exclamaron los dos al mismo tiempo; ¡este no quiere dejarme ver las estampas con él! Escucha y verás cuál de las dos tiene razon.

—Mis queridos hijos, no quiero oír nada; solamente os diré: «Amaos el uno al otro,» y bien pronto estareis de acuerdo.

Estas palabras llegaron al corazón de los dos hermanos, y se abrazaron rojos de vergüenza por haber habido un instante en que habian olvidado el cariño que se debian tener.

Desde aquel día no volvieron á disputar, y si alguna vez iban á reñir, recordaban aquellas palabras del Evangelio que les habia dicho su madre:

«Amaos los unos á los otros!» y en seguida reinaba la paz entre los dos.